



Nuevas evidencias sobre el origen de la mente simbólica

New Evidences about the Origin of the Symbolic Mind

■ Ignacio Martínez-Mendizábal

Hace algunos meses tuve la ocasión de escribir en estas mismas páginas, a propósito de la evidencia paleontológica y arqueológica disponible para el estudio del origen de la mente simbólica. Entonces me referí, al problema del origen del lenguaje, y a tres aspectos de la cultura material que los especialistas manejan en sus debates sobre dónde, cuándo y cómo se produjo el advenimiento del simbolismo que caracteriza a la mente humana: la tecnología, la cultura de la muerte y el arte.

Desde entonces se han realizado importantes descubrimientos en dos yacimientos africanos, de diferentes cronologías, que nos iluminan sobre aspectos diferentes del problema. En primer lugar, se trata del hallazgo, publicado en la revista *Nature* en el mes de junio de 2003, de los más antiguos fósiles humanos que pueden ser atribuidos con certeza a nuestra propia especie (*Homo sapiens*). Los fósiles, dos cráneos de individuos adultos y uno de un niño de alrededor de seis años de edad a su muerte, fueron hallados en el yacimiento etíope de Herto (ubicado en la región del *Middle Awash*) y tienen una antigüedad firmemente establecida en torno a los 160.000 años. La morfología y dimensiones de los restos no dejan lugar a dudas de su pertenencia a nuestra especie y confirman la idea de que fue el continente africano donde la humanidad moderna vio la luz.

Asociados con estos fósiles humanos se han rescatado numerosos útiles de piedra tallada, que los expertos han asignado a una fase evolucionada del tecnocomplejo achelense (o Modo 2). Sobre la superficie exocraneal se observan algunas marcas ciertamente intrigantes, que los autores del descubrimiento no dudan en atribuir a prácticas funerarias: descarnamiento y decoración de los huesos.

El autor es Profesor Titular de Paleontología de la Universidad de Alcalá de Henares (Madrid), Miembro del Centro de Evolución y Comportamiento Humano (UCM-ISCIII) e Investigador del Proyecto Atapuerca. Entre otros libros y trabajos científicos es coautor del *best-seller* científico: Arsuaga JL y Martínez I. La especie elegida. Madrid: Temas de Hoy, 1998.

Vaya por delante mi escepticismo ante dicha interpretación. Aunque el carácter antrópico de las marcas me parece clara, su carácter funerario es más que discutible. En los fósiles humanos, de hace 800.000 años, del yacimiento de la Gran Dolina (Sierra de Atapuerca), hay marcas muy parecidas y nadie ha ido tan lejos como para proponer su naturaleza funeraria.

En cualquier caso, la gran antigüedad de estos restos pone encima de la mesa una cuestión realmente intrigante. Si las evidencias funerarias seguras más antiguas no tienen más de 100.000 años y si las manifestaciones artísticas indisputables conocidas hasta hace poco no sobrepasan los 42.000 años de antigüedad ¿cómo explicar ese largo intervalo entre la aparición de nuestra especie y las primeras manifestaciones claras de la mente simbólica?

Hay dos respuestas, mutuamente excluyentes, a esa pregunta. En primer lugar, podemos invocar la proverbial precariedad del registro arqueológico y paleontológico y argüir que éste no guarda testimonio de las primeras muestras de la presencia de la mente simbólica. O bien, podemos pensar que el arte y la cultura de la muerte no son inevitablemente inherentes a nuestra especie. Sencillamente, son capacidades potenciales. Si aceptamos esta segunda línea de razonamiento, debemos estar preparados para admitir que pudieron existir otras especies humanas también potencialmente simbólicas, aunque no desarrollaran esa capacidad. Sin duda, una inquietante perspectiva.

Hace unos días, se ha presentado en *Science* otro hallazgo de gran interés en este contexto. Esta vez, no se trata de fósiles humanos sino de algo mucho más sugerente: cuentas perforadas. Si admitimos que el adorno personal es una manifestación artística, este descubrimiento constituiría la más antigua evidencia conocida de arte. El yacimiento en el que se han descubierto las mencionadas cuentas es una cueva denominada *Blombos Cave*, ubicada en la región de El Cabo de la República de Sudáfrica. Las cuentas consisten en 41 conchas de caracol (de la especie *Nassarius kraussianus*), que sin duda fueron aportadas por humanos al yacimiento desde su hábitat natural, un estuario situado a 20 kilómetros de la cueva. Todas ellas presentan una perforación en la región del labio (la zona en la que se abre la concha). Las perforaciones son de dimensiones similares en todas las conchas y parecen haber sido realizadas de la misma manera. Además, hay trazas microscópicas de ocre que sugieren que las conchas fueron pintadas o estuvieron en contacto con algo (quizá ropa), que estaba coloreado deliberadamente. También se han descubierto leves facetas de desgaste, a ambos lados de la abertura de la concha, lo que sugiere que las cuentas estuvieron engarzadas unas junto a otras. Refuerza esta idea el hecho de que las conchas aparecieron asociadas espacialmente en conjuntos de 2 a 17 elementos.

La industria lítica asociada se ha asignado al modo cultural denominado MSA (iniciales en inglés de *Middle Stone Age*), que, en África, representa al denominado Modo 3. En los yacimientos en los que se han encontrado fósiles humanos con piezas líticas del MSA (algunos muy cercanos al yacimiento de Blombos), éstos siempre pertenecen a nuestra propia especie. Y no, no me he olvidado de la antigüedad del hallazgo, que está firmemente establecida por métodos físicos en 75.000 años.

De manera que tenemos la primera evidencia fósil de nuestra propia especie en Etiopía (hace 160.000 años), asociada al Modo 2 y a unas más que discutibles evidencias de prácticas funerarias, y la primera manifestación artística conocida de nuestra especie en Sudáfrica (hace 75.000 años), junto con industria del Modo 3.

Aunque los datos pueden albergar interpretaciones diferentes, mi impresión es que sustentan mejor la hipótesis de un desarrollo gradual de los comportamientos simbólicos en nuestra especie, que el punto de vista de una aparición súbita y ya muy compleja.

Estos descubrimientos nos alumbran sobre el origen de la mente simbólica en *nuestra* especie, pero no aportan información sobre otros aspectos, quizá aún más interesantes: ¿ha sido el *Homo sapiens* la única especie con comportamientos simbólicos en la historia de la vida? Para abordar este problema hay un lugar privilegiado: el yacimiento de la Sima de los Huesos (de hace al menos 400.000 años) en la Sierra de Atapuerca. Las personas que excavamos e investigamos los fósiles humanos de ese yacimiento, el más rico del mundo, estamos convencidos de que allí se encuentra la primera manifestación del simbolismo en una especie humana (diferente de la nuestra: *Homo heidelbergensis*). En nuestra opinión, la extraordinaria acumulación de restos humanos de ese yacimiento se produjo por la acumulación intencional de cadáveres humanos. En reunir nuevos datos para contrastar esa hipótesis, desde diferentes puntos de vista, estamos empeñados desde hace años y tal vez pronto tengamos la ocasión de volver a estas páginas para explicar nuevos descubrimientos.

Bibliografía recomendada

- Clark, J.D., Beyene, Y., WoldeGabriel, G., Hart, W.K., Renne, P.R., Gilbert, H., Defleur, A., Suwa, G., Katoh, S., Ludwig, K.R., Boisserie, J.-R., Asfaw, B., White, T.D. Stratigraphic, chronological and behavioural contexts of Pleistocene *Homo sapiens* from Middle Awash, Ethiopia. *Nature*. 2003, 423: 747-751.
- Henshilwood, C., d'Errico, F., Vanhaeren, M., van Niekerk, K., Jacobs, Z. Middle Stone Age shell beads from South Africa. *Science*. 2004, 304: 404.
- White, T.D., Asfaw, B., DeGusta, D., Gilbert, H., Richards, G.D., Suwa, G., Howell, F.C. Pleistocene *Homo sapiens* from Middle Awash, Ethiopia. *Nature*. 2003, 423: 742-747.